CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ GARCIA DE SOLIS.

ANTES QUE TODO EL HONOR.

4 rs.

Se vende en la librería de *Cuesta*, calle de Carretas, num. 9.

N.º 63.

Cátalogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* Círculo Literario Comercial.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésps.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de N
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido

ANTES QUE TODO EL HONOR.

COMEDIA EN DOS ACTOS.

ESCRITA EN FRANCÉS POR M. SCRIBE,

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

por

DON RAMON DE NAVARRETE.

Extrenada en el teatro del Príncipe el 26 de febrero de 1848.

Segunda edicion.



N.º 63.

MADRID: 1860.
IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
Calle de San Vicente alta, núm. 52.

PERSONAJES.	ACTORES.
DON DIONISIO, comerciante. . .	DON JULIAN ROMEA.
BLANCA, su hija.	DOÑA TEODORA LAMADRID
CÁRLOS DOMINGUEZ, capitan de corbeta.	DON FLORENCIO ROMEA.
CÁRLOS CANDALIJA, dependiente de don Dionisio.	DON MARIANO FERNANDEZ.
DON MANUEL RAMIREZ, escribano.	DON PEDRO LOPEZ.

La escena es en Cádiz.

ACTO PRIMERO.

Un salon en casa de don Dionisio.— Puerta en el fondo y puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA.—DON MANUEL.—DON DIONISIO.

(Al levantar el telon, don Dionisio se halla escribiendo en una mesa á la derecha del espectador: Blanca sentada á la izquierda, lee un periódico: don Manuel con una silla en la mano va á colocarse junto á Blanca.)

MANUEL. (A don Dionisio.) Continúe usted sus cuentas, amigo don Dionisio, que ya hablaremos cuando concluya. Entretanto voy á hacer la córte á la señorita Blanca. (A Blanca que deja el periódico.) Tranquilícese usted: un escribano no es hombre peligroso, y además no es por mi cuenta, sino por la de mi hijo... ¡Ah, ah, ah !.. A no ser que la incomode á usted, porque estaba usted leyendo.

BLANCA. Ojeaba las noticias marítimas de ese periódico.

MANUEL. ¿Lo que le interesará á usted menos que el artículo de modas, eh?

BLANCA. Al contrario; yo profeso mucho cariño á todo lo que

es relativo al mar, porque le he visto desde que nací, y porque á él le debemos toda nuestra fortuna.

DIONISIO. Sin embargo, algunas veces se queda tambien con su parte.

MANUEL. ¡Hola, hola! ¡Parece que nos escucha á pesar de sus cuentas! No, pues lo que es usted no tiene motivo para quejarse... porque es el hijo de la dicha. Mientras veinte casas de comercio se hunden diariamente, la suya cada vez más sólida y más acreditada.

BLANCA. Porque en primer lugar mi padre trabaja mucho, y luego porque es la probidad personificada. Ya sabe usted que en Cádiz solo le llaman *don Dionisio el hombre de bien*, y que cuando él da su palabra...

MANUEL. Es como si todos los escribanos del mundo hubiesen puesto su firma. (Bajando la voz.) Lo que me admira es que con esa probidad rígida haya podido hacer tan bonita fortuna.

BLANCA. (Admirada.) ¿Qué dice usted, señor don Manuel?

MANUEL. Digo que me parece extraordinario, especialmente en nuestros dias. Asi, muchas personas se admiran...

BLANCA. (Siempre á media voz.) Pues yo voy á explicárselo á usted. —Hace veinte años que él es el primero que se levanta y el último que se acuesta: todo lo vé por sí mismo; jamás pierde un minuto, y nunca emplea nada inútilmente. Además, su único lujo consiste en los regalos que hace á su hija, y en los beneficios que dispensa á los desgraciados.

MANUEL. ¿Con que solo en eso emplea su opulencia? Pues es un hombre de la edad de oro; un corazon y una caja de idem... (Aparte.) ¡A mí me gusta mucho el trato con seres de ese metal!

ESCENA II.

DICHOS.—CARLOS.—CANDALIJA.

CANDAL. (Desde la puerta del fondo.) Dispénseme usted, señor don Dionisio... pero quisiera decirle dos palabritas... sin incomodarle á usted se entiende; y si le molesto...

DIONISIO. Pues ya ves como me molestas. (Impaciente.)

CANDAL. Entonces, esperaré. (Viene á colocarse junto á don Dionisio.)

MANUEL. (A Blanca.) Quién es ese joven?

BLANCA. Cárlos Candalija; un original que solo tiene una idea.

MANUEL. ¿Cuál?

BLANCA. La de enriquecerse sin hacer nada. Mi padre le recojió y colocó en su casa sin necesitarle, porque era hijo del jardinero de uno de sus amigos antiguos. El buen Cárlos nos repite á todas horas que solo quiere lo necesario, lo estrictamente necesario: y cuanto más se le da, más pide; porque nunca está contento.

MANUEL. ¡Su padre de usted es demasiado bueno!

BLANCA. Sucesivamente se le ha empleado como jardinero, como criado, como mozo de caja... Pero lo único que le gusta de tales cargos es el salario: en cuanto á lo demás no le importa mucho, y prefiere pasar el dia como ahora con los brazos cruzados, que es su postura habitual y favorita.

CANDAL. (A don Dionisio.) ¿Le incomoda á usted quizás que yo me quede aqui?

DIONISIO. Sí, sí, estoy acabando un arqueo esencial, y ya ves como hasta el señor don Manuel, mi amigo y mi escribano, espera á que concluya.

CANDAL. Es que necesito hablarle á usted.

DIONISIO. Y él tambien, y le debo dar la preferencia.

CANDAL. ¡Ya! Porque es rico..... porque es el primer escribano de Cádiz; porque gana miles y miles al año..... ¿Y cómo? He ahí lo que se pregunta todo el mundo.

MANUEL. ¡Hola, hola el mocito!

DIONISIO. ¿Quieres callar y largarte?

CANDAL. ¡Eso es! Los ricos se sostienen unos á otros, mientras que los pobres.....

DIONISIO. ¿No te he dicho que te vayas?

CANDAL. En ese caso volveré..... cuando se marche. (A don Manuel.) Procure usted despachar pronto..... si no le incomoda. (Viendo que don Dionisio hace un gesto de impaciencia.) Lo dicho, dicho; volveré..... lo antes posible. (Vase.)

ESCENA III.

DICHOS, menos CANDALIJA.

DIONISIO. (A don Manuel.) Vamos, venga usted, amigo mio, para no hacer esperar al señor don Cárlos Candalija. Por otra parte, ya casi he concluido.

BLANCA. (Que ha vuelto á tomar el periódico.) ¿Qué veo! ¿Será posible?

MANUEL. ¿Qué hay?

BLANCA. Nada; que está en el puerto el *San Fernando*, procedente de la Habana.

MANUEL. ¿Y eso le llama á usted la atencion?

BLANCA. Es que... es el mismo buque que me trajo de Valencia hace tres años, cuando yo fuí allá á ver á mi tia..... y confieso que le tengo cariño.

DIONISIO. ¿Al buque ó al capitan, picaruela?

BLANCA. (Ruborizándose.) ¡Qué cosas tiene usted, papá! (Se queda pensativa.)

MANUEL. (A don Dionisio.) Con que es menester que empecemos por determinar el dia en que ha de firmarse el contrato.

BLANCA. (Aparte oyéndolo.) ¡Dios mio!

DIONISIO. Eso me es imposible por ahora.

BLANCA. (Aparte.) ¡Respiro! ¡Gracias á Dios!

MANUEL. ¿Y por qué?

DIONISIO. Nos hallamos en una crísis comercial tan grave, que todas las mañanas espero el correo temblando. Personas que ayer se creian ricas, arrastradas en un desastre imprevisto, saben hoy su propia ruina. Asi, no pudiendo darme cuenta á mí mismo de mi posicion, no puedo tampoco por consecuencia fijar la dote de mi hija Blanca.

MANUEL. Sea la que fuere, mi hijo y yo la aceptamos sin vacilar.

DIONISIO. Y yo solo quiero prometer lo que me sea dado cumplir.

BLANCA. (Vivamente.) Papá tiene razon; la crísis comercial...

MANUEL. A nosotros no nos alarma. ¡Don Dionisio es un hombre tan honrado!.....

DIONISIO. ¡Gran cosa es serlo cuando la fortuna y la felicidad le sonrien á uno siempre! Para merecer realmente ese título es menester haber conocido los contratiempos; haber luchado contra las desgracias, contra las tentaciones de la miseria..... Entonces, cuando se ha atravesado puro y sin mancha la adversidad, es únicamente cuando puede decirse: «¡Soy un hombre honrado!» (Viendo á Candalija que aparece por la izquierda.) ¿Otra vez tú? ¿Qué te se ofrece?

ESCENA IV.

DICHOS.—CANDALIJA.

CANDAL. Que hay gente que le busca á usted en su gabinete.

MANUEL. Le dejo á usted, querido don Dionisio, porque veo que el momento no es oportuno; y una vez que hoy como aquí.....

DIONISIO. Es cierto; luego trataremos de este asunto.

MANUEL. (Dándole la mano.) Con que, hasta despues. (Vase.)

DIONISIO. Hasta despues.—¿Ha llegado el correo de Valencia?

CANDAL. No señor.

DIONISIO. (Con impaciencia.) ¿Todavía no? (A Blanca.) Espero una carta de allí.....

BLANCA. ¿Acaso de mi tia?

DIONISIO. No, de don Cárlos Gutierrez, mi más antiguo y mejor amigo. Es imposible que no tenga contestacion hoy! (A Candalija.) ¿Dices que hay gente en mi despacho?

CANDAL. Sí señor; son comerciantes de la plaza, que vienen á pedirle á usted dinero..... estoy seguro..... Yo no le pido á usted sino un consejo, lo cual es más barato... y luego, estoy primero que ellos.

DIONISIO. Vaya, ¿qué quieres? Despáchate.

CANDAL. Señor, ya sabe usted que no soy ambicioso, que no deseo sino lo preciso.....

DIONISIO. Te habia señalado mil reales anuales; me dijiste que no te bastaban, y añadí casa y comida.....

CANDAL. ¡Comida! ¡No dirá usted que eso es supérfluo!

DIONISIO. Ademas, te visto.....

CANDAL. Lo cual tambien es necesario..... aunque solo sea por decencia, y por evitar pulmonías. Pero lo indispensable es que yo sea feliz; y como no lo soy..... como me fastídio de vivir solito, vengo á pedirle á usted que me case.

DIONISIO. Pues cásate, no te lo impido... . Anda bendito de Dios, y elige una muger.

CANDAL. Es el caso que he elegido dos.

BLANCA. (Riéndose.) ¿De veras, Candalija?

CANDAL. Si, señorita; y ahí está lo terrible, porque dudo, fluctúo, vacilo entre ambos partidos. Yo ni en el matrimonio queria sino lo extrictamente necesario; y me encuentro con que las dos candidatas, la una tiene mucho supérfluo, y la otra carece de lo indispensable. En fin, la primera es gorda como un lechon, y la segunda el vivo retrato de un bacalao.—Sin embargo, creo que me decidiré por esta.

BLANCA. ¿Por su carácter?

CANDAL. No, por su dote, que asciende á cuatro mil reales. La dificultad es que ella quiere que su marido tenga otro tanto.

DIONISIO. Pues bien, ya tienes dos mil que me diste para que los guardase; porque este perillan que se queja siempre, ahorra casi todo su salario.

CANDAL. ¿Y qué es el capital que poseo en comparacion del de usted y el de otros que tienen mil veces más? Vea usted cómo el cielo no es justo.

DIONISIO. ¿Acabarás? (Incomodado.)

BLANCA. Papá, ¿no adivina usted lo que quiere? Que le dé usted los dos mil reales que le faltan, y que le son necesarios.

CANDAL. No digo que no; y asi tendré seis mil.

DIONISIO. ¿Con que ya posees la misma cantídad que tu futura?

CANDAL. Sí señor.

DIONISIO. ¿Y entonces qué vienes á pedirme?

CANDAL. Ya se lo indiqué á usted; un consejo. Ahí es á donde queria venir á parar.

DIONISIO. Pues has escogido el camino más largo.

CANDAL. Lo cual no me pesa, porque justamente al volver á casa por la plaza de San Antonio tropecé con esta cartera verde que solo contenia un billete de banco; y como soy yo quien lo ha encontrado, deseaba preguntarle á usted si puedo quedarme con él.

DIONISIO. ¿Quedarte con lo ageno?

CANDAL. Si no es ageno... ¡Si no era de nadie!... Así, bien puede ser mio..... á menos que no me exponga á algun disgusto..... por lo cual le consulto á usted.

DIONISIO. ¿Con que eso es lo único que temes? ¿Y privarás acaso á un desdichado de todo su patrimonio, sin remordimientos?....

CANDAL. (Algo turbado.) ¿Remordimientos?.... Sí señor que los tendré..... Por valor de dos mil reales. Otros hay más felices que los tienen por una suma mayor.

DIONISIO. La suma no importa nada. Un millon ó dos mil reales que se sustraigan, pesan lo mismo sobre la conciencia. No hay felicidad posible despues de una mala accion; tú te la echarias en cara siempre, serias infeliz..... y por tu propio interés, créeme, sé hombre honrado.

CANDAL. Lo seria con mucho gusto si tuviese con qué. Pero este dinero me es necesario para mi boda.....

DIONISIO. (Abriendo su cartera y dándole un billete.) Toma.

CANDAL. ¿Es posible?

DIONISIO. Guarda ese sin remordimiento. (Arrancándole la cartera de las manos.) En cuanto al otro, lo anunciaré en los periódicos, ó me entenderé con don Manuel para descubrir á su dueño.

CANDAL. Gracias, señor; ya no deseo nada.

BLANCA. ¡Gracias á Dios!

DIONISIO. (Mirando su reló.) Las doce! Ya debe haber llegado el correo... Anda á verlo, y llévame las cartas á mi despacho, adonde me marcho ahora mismo. Adios, hija mia.

CANDAL. Voy corriendo. (Váse.)

ESCENA V.

BLANCA sola.

¡Qué bueno es mi padre! ¡Y no le basta serlo, sino que paga á los demás para que lo sean! Es una excelente accion... la cual quiero recompensarle haciendo que me conduzca, cuando acabe sus asuntos, á dar un paseito... á visitar el buque *San Fernando*. En tres años debe haber habido grandes mudanzas en la tripulacion. ¿Quién sabe? Tal vez encontraré todavía á algun conocido.

ESCENA VI.

BLANCA.—CÁRLOS.

CÁRLOS. (Desde la puerta) Si el señor don Dionisio no está visible, no le incomode usted; aguardaré.

BLANCA. ¡Cielos! ¡Esa voz!.. ¡Don Cárlos!

CÁRLOS. ¡Señorita Blanca!

BLANCA. Al momento le he conocido á usted, á pesar de que ha variado mucho...

CÁRLOS. Solo en que antes era teniente, y ahora soy capitan.

BLANCA. ¿Con que no ha olvidado usted mi nombre?

CÁRLOS. Ni su imágen de usted tampoco.

BLANCA. ¡Capitan y tan jóven!

CÁRLOS. Hay muchos que lo son.

BLANCA. Pero no á su edad. ¿Y qué buque manda usted?

CÁRLOS. El *San Fernando*.

BLANCA. Lo celebro infinito; porque justamente me proponia ir hoy á hacer una visita á nuestra antigua embarcacion.

CÁRLOS. (Con emocion.) Creia que no habria usted vuelto á pensar en ella.

BLANCA. ¡Sí por cierto! Figúrese usted que ese viaje ha sido el gran acontecimiento de mi vida. ¡Seis dias á bordo! ¡Caramba! Asi, todas las muchachas de Cádiz, que á lo

sumo han ido al Puerto ó á Sevilla, me miran con cierta consideracion, con cierto respeto... como si hubiese estado en Filipinas. Vaya, y hasta sé lo que es una tempestad en el mar. ¿Se acuerda usted cómo temblaba yo entonces? Usted era mi protector, el que me animaba, el que... Pero no se lo diga usted á nadie, porque me creen muy valiente aquí.

CÁRLOS. Sí, á nadie le revelaré...

BLANCA. Mis temores...

CÁRLOS. ¡Ni mi felicidad!

BLANCA. Me parece que todavia estoy sentada cerca de aquel palo donde me quedé á pesar de la prohibicion del capitan.

CÁRLOS. ¡Usted se empeñó absolutamente en ver una tormenta! ¡Y aquella era tan magnífica!

BLANCA. Es decir, ¡tan espantosa! Las olas barrian el puente; los relámpagos surcaban el cielo, que se deshacia en agua; y yo me hallaba allí, abrigada con su capa de usted, y agarrándome á su brazo á cada sacudimiento del buque, que parecia próximo á entreabrirse.

CÁRLOS. Sí, estaba usted trémula de terror, pero obstinada en quedarse.

BLANCA. En honor de la verdad, usted no me animaba mucho para bajar á la cámara; y yo llena de egoismo, no notaba que por preservarme á mí de la lluvia, se calaba usted hasta los huesos.

CÁRLOS. ¡Ay! ¡Yo quisiera que no hubiera pasado aquel dia!

BLANCA. Y sin embargo, el espectáculo no tenia para usted, señor capitan, el mérito de la novedad.

CÁRLOS. (Con fuego.) No importa; daria mi grado, daria mi vida por volver á aquellos instantes felices!

BLANCA. ¡Dios mio! ¡De qué modo lo dice usted!

CÁRLOS. Como debe decirlo un marino, como debe decirlo un hombre que tiene el alma llena de aquellos recuerdos. Pocas horas pasadas junto á usted en un buque, en medio de una tempestad, hicieron más que años enteros que nos hubiésemos tratado en medio del incesante torbellino del mundo; y la pasion que nació entonces, solo morirá cuando yo muera.

BLANCA. ¡Caballero!

CÁRLOS. ¿Le sorprenden á usted mis palabras?

BLANCA. Mucho... esto es... poco... quiero decir, no tanto cual usted imagina... pero ¿por qué no las pronunció usted antes?

CÁRLOS. ¿Cómo habia de atreverme cuando era un pobre teniente, sin bienes de fortuna, sin esperanzas de medrar? A no haber sido por la campaña de Portugal, y porque tuve la dicha de que me hiriesen allí, no habria ascendido á capitan en muchos años..... ni osado nunca levantar los ojos hasta usted, cuyo padre es tan rico, tan poderoso, tan.....

BLANCA. ¡Demasiado! Porque él que jamás falta á su palabra, se la ha dado ya al hijo de un antiguo amigo.

CÁRLOS. (Aparte.) ¡Cielos! (Alto.) ¿Y usted le ama?

BLANCA. Yo no digo tal cosa .... Aunque no tengo nada que objetar contra él..... pues la igualdad de clase, de posicion y de fortuna conspiran en favor de ese desgraciado enlace.

CÁRLOS. ¡Ah! ¿Le llama usted desgraciado?

BLANCA. ¡Silencio! ¡Alguien viene! ¡Papá sin duda!

CÁRLOS. Y yo que queria decirla á usted, á usted sola..... Pero volveré.

BLANCA. ¡No, no!

CÁRLOS. Tengo una letra contra el señor don Dionisio.

BLANCA. Entonces, eso es diferente.

CÁRLOS. Adios, señorita, adios. (Vase.)

ESCENA VII.

BLANCA.—Luego DON DIONISIO pensativo.

BLANCA. ¿Si le habrá visto papá? (Mirándole.) No: no vé nada..... ¡ni siquiera repara en mí! (A media voz.) ¡Papaito!

DIONISIO. ¡Ah! ¿Eres tú? (La abraza estrechamente.)

BLANCA. ¿Qué tiene usted? ¿Por qué me abraza usted así?

DIONISIO. ¡Tú eres mi único tesoro, hija del alma mia!

BLANCA. ¿Pero le ha sucedido á usted alguna desgracia?

Dionisio. No, no..... Estoy contento, tranquilo..... Sin embargo, aun no he recibido noticias de Gutierrez, de mi compañero de infancia, de mi hermano... lo cual me admira tanto más, cuanto que le pedia un favor.

Blanca. ¿Y no ha tenido usted respuesta?

Dionisio. Debe hallarse enfermo, ó ausente de Valencia sin duda. De otro modo lo hubiera abandonado todo por venir al lado mio..... Aunque me queda á mi hija, mi mejor amiga, mi único consuelo.....

Blanca. ¡Papá!

Dionisio. Debo confiarte nuestra situacion, y para que la comprendas mejor, te diré hasta qué punto tengo derecho á contar con Gutierrez.—Ambos salimos de nuestro pueblo á pié, y sin más equipaje que lo puesto, sin más bienes que nuestra amistad y nuestro trabajo.—Llegamos á Valencia; él entró en casa de un provisionista, y yo en la de un buen negociante, el cual á los diez años me asoció á su comercio, que yo habia hecho prosperar, y me dió su hija en matrimonio.—En cuanto á Gutierrez, habia logrado igualmente hacerse rico; pero menos feliz que yo, no estaba casado, no tenia una esposa y una hija, ¡ángeles protectores de mi casa! En cambio afligíanle las intrigas y los disgustos interiores á que se condenan voluntariamente los solterones.—¡ Parte de sus penas me las confiaba él mismo; el resto lo adivinaba yo; porque aunque yo habia venido á establecerme á Cádiz, no hemos cesado jamás de amarnos ni de escribirnos! ¡La amistad acorta las distancias!

Blanca. ¡Acabe usted, papá!

Dionisio. En vida de tu madre, y aun despues de su muerte, no dejó de sonreirnos la fortuna. ¡Pero todo tiene término en el mundo!—Dos años hace, Gutierrez habia sufrido pérdidas; ¡y juzga mi alegría!..... Yo pude restablecer sus negocios, gracias á una parte de mis capitales que le envié, y que despues me devolvió! Pero mientras tanto, aquel esfuerzo me perjudicó á mí mismo.—El año pasado fué más fatal aun; bancarrotas sucesivas y numerosas me dieron golpes terribles. Logré resistir á

ellos ; pero este año, y en los últimos tres meses especialmente, desgracias que la prudencia humana no puede preveer..... tres buques magníficos perdidos, la quiebra de otras casas, todo en fin se ha conjurado contra mí. Asi, teniendo esta semana que hacer pagos, para los cuales me faltaban fondos, escribí á Gutierrez diciéndole: «¡Hermano, ven en mi ayuda!»

BLANCA. ¿Y no ha contestado?

DIONISIO. Mientras, los libramientos y las letras llegan por todas partes; ayer, anoche y esta mañana, mi cajero y yo hemos hecho el cálculo de nuestro haber y de nuestros pagos; y compensando todo, ¡necesito aun trenta mil duros!

BLANCA. ¿Treinta mil duros?

DIONISIO. ¡No te asustes .... yo los encontraré!.... Doce mil que me debe la casa de Duran y compañía..... tengo los recibos en mi poder..... y ademas quince mil que habia reservado. ... (Con emocion.) ¡para tí, hija, para ti!

BLANCA. ¿Qué importa? Yo no necesito nada más que su cariño de usted.

DIONISIO. (Abrazándola.) ¡Gracias, vida mia, gracias! ¡Venderemos lo que nos queda!

BLANCA. ¡Todo, papá, todo!

DIONISIO. ¡Y pagaremos!.. .

BLANCA. ¡Sí, sí!

DIONISIO. ¡Seremos pobres; pero podremos llevar muy alta la frente!

BLANCA. Y siempre dirán: «¡Ese es don Dionisio el hombre de bien!»

DIONISIO. ¡Tienes razon! (Viendo que Blanca se quita el collar.) ¿Qué haces?

BLANCA. Comienzo á cumplir lo convenido. Tome usted este collar, estas joyas..... los diamantes de mi madre..... ¡Nada me pertenece ya! ¡Así le pareceré á usted mejor!

DIONISIO. ¡Hija mia! ¿renuncias á ellos?

BLANCA. Sin la menor pena; y con tal de que sea usted feliz.....

DIONISIO. ¿Feliz? ¿No he de serlo contigo? Ademas, no sé si en esta lucha contra la fortuna, en la satisfaccion de salir

triunfante de ella, no entra tambien un poco de vanidad y de orgullo.

BLANCA. ¡Orgullo noble, padre mio!

DIONISIO. ¡Tu ejemplo me fortalece: te veo tan tranquila, tan animosa!

BLANCA. ¿Para qué se necesita una casa tan opulenta y el lujo que nos rodea? ¡Usted no gozaba nunca de él, y yo no lo deseo! ¡Antes los negocios le tenian á usted con frecuencia ausente de mi lado; ahora no nos separamos ni un minuto, y esto es ya una ventaja!

DIONISIO. ¡Vas á hacerme bendecir mi ruina! ¡Pero hay una cosa de que no me consolaré! ¡Ya no tienes dote, y no te casarás!

BLANCA. (Souriéndose.) ¡Quién sabe, papá!.... ¡Otras se casan sin esa circunstancia!.... Y luego, tengo un presentimiento.....

DIONISIO. ¿De veras?

BLANCA. ¡Acaso es tambien un orgullo..... como el de usted!

DIONISIO. ¡Orgullo legítimo!

BLANCA. Sí, porque si ahora me elige alguno, no será ya por mis riquezas.—A propósito, es menester escribirle á don Manuel que el matrimonio entre su hijo y yo, no puede realizarse ya.

DIONISIO. ¿Crees que debemos?....

BLANCA. Sí, no seria delicado por nuestra parte.....

DIONISIO. Pues voy á escribirle.

BLANCA. (Llevando á su padre hácia la mesa.) Ahora, papaito, ahora mismo! Y luego.....

DIONISIO. ¿Qué haremos?

BLANCA. Iremos á Valencia, á casa de nuestro amigo Gutierrez. ¡No ha dicho cien veces que en el dia de la adversidad su fortuna y su casa serian de usted?

DIONISIO. ¡Tienes razon! ¡Él nos acogerá!....

BLANCA. ¡Pero escriba usted á don Manuel..... escriba usted... escriba usted!....

ESCENA VIII.

DICHOS.—CANDALIJA.

CANDAL. Señor..... señor..... acaba de llegar el correo de Valencia..... y el cajero le llama á usted al instante, para un asunto que parece muy urgente. ¿No va usted?

DIONISIO. Déjame acabar esta carta.

CANDAL. ¡No, no..... dése usted prisa! Corren voces muy extrañas en las oficinas; los empleados están tristes y afligidos; y dicen con lágrimas en los ojos que va usted á suspender los pagos.

DIONISIO. ¡Pobres chicos! ¡Bien lo sabia yo! Y á tí tambien te encuentro pálido, demudado.....

CANDAL. ¡Cáspita! ¡Ya lo creo! ¡Como que me toca muy de cerca!

DIONISIO. El cariño que nos profesa.....

CANDAL. ¡Si señor..... y los fondos que le entregué á usted!

DIONISIO. (Riéndose.) ¡Ah! ¿Con que tal es el motivo de tu inquietud?

CANDAL. Felizmente tiene usted una cara tan risueña, que me tranquiliza.

DIONISIO. No temas nada..... por nosotros se entiende. No perderás ni un maravedí por esperar. Toma, lleva esta carta á mi escribano, corriendo.

CANDAL. ¡Voy, voy! (Aparte al marcharse.) Por las trazas están seguros mis capitales.

DIONISIO. Voy á ver que se le ofrece al cajero. Hasta luego, Blanca mia, y ¡ánimo, ánimo! (Vase.)

ESCENA IX.

BLANCA.—CÁRLOS.

BLANCA. ¿Animo ha dicho? (Viendo á Cárlos.) ¡Cárlos!... ¡Sí! ¡Lo tendré!

CÁRLOS. Perdóneme usted, señorita, si desobedeciendo sus órdenes, me presento otra vez en esta casa.

Blanca. Si es por algun asunto comercial, no debo decir nada.

Cárlos. No; es para verla á usted de nuevo... para darla un último adios!

Blanca. Señor mio, yo no tengo la voluntad ni el derecho de detenerle á usted... pero el interés, el afecto que me demostró...

Cárlos. ¡Diga usted el amor más verdadero!

Blanca. El nombre importa poco... Así, todo me impulsa á confiarle á usted un secreto que no revelaria á nadie.

Cárlos. ¿Es posible? ¿Y qué secreto es ese?

Blanca. Consiste en dos palabras que reservará usted para sí solamente.

Cárlos. ¡Hable usted, hable!

Blanca. (Lentamente y á media voz.) ¡Mi padre está arruinado!

Cárlos. ¡Ah!.. Entonces me quedo.

Blanca. (Tendiéndole la mano.) ¡Ya lo esperaba yo!

Cárlos. ¡Dios mio! Qué feliz soy!

Blanca. ¡Cómo!...

Cárlos. (Reprimiéndose.) No... siento en el alma que un hombre tan honrado... En fin, no puedo expresar todo lo que siento.

Blanca. ¡Y yo, sin embargo, lo adivino!

Cárlos. Pero no presentaré ya la letra que venia á cobrar. Antes la desgarraré!

Blanca. No haga usted tal. La desgracia tiene tambien su orgullo; y eso seria ofender mortalmente á mi padre. Presente usted la letra, amigo mio.. Aun tenemos con que pagarla, gracias á Dios! (Poniendo la mano sobre sus joyas colocadas sobre la mesa.)

ESCENA X.

Dichos.—DON DIONISIO

Dionisio. (Pálido y fuera de sí.) ¡Hija mia, Hija mia!

Blanca. ¡Qué palidez!.. ¡Qué agitacion! ¿Qué hay de nuevo?

Dionisio. (Con desesperacion.) ¿Lo que hay? (Viendo á Cárlos y esforzándose para disimular.) ¿Quién es este caballero?

BLANCA. El señor don Cárlos Dominguez, capitan del *San Fernando*, el buque en que volví de Valencia. (Don Cárlos saluda; don Dionisio le contesta apenas.) Venia á cobrar una letra de mil duros.—(Con inquietud mirándole.) ¿Se extremece usted, papá?

DIONISIO. Yo? No por cierto. (Indicando á don Cárlos la puerta de la izquierda.) Por aquel lado están las oficinas y la caja. Dése usted prisa, señor mio.

CÁRLOS. ¿Y por qué? No urge tanto.

DIONISIO. (Con energía.) ¡Dése usted prisa... se lo suplico.

CÁRLOS. Obedezco en ese caso. (Mirando á don Dionisio que se deja caer sobre un sillon, cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Pobre hombre! (Bajo á Blanca.) ¡Ah! ¡Si me atreviese, me arrojaria á sus plantas para pedirle que me concediese la mano de su hija!

BLANCA. ¡Márchese usted por Dios! (Váse Cárlos.)

ESCENA XI.

BLANCA.—DON DIONISIO.

BLANCA. (Acercándose á su padre.) Que se dé prisa, dice usted... Y por qué causa?

DIONISIO. ¡Porque todo se ha perdido... porque la casa Duran y compañía ha suspendido sus pagos!

BLANCA. ¡Cielos! ¡Nuestra última esperanza!

DIONISIO. ¡Y yo, hija mia, que no creia deber nada á nadie!... ¡Hé ahí doce mil duros que no puedo abonar! ¡La miseria la aceptaria sonriendo; pero el deshonor... el deshonor!

BLANCA. ¿Animo! ¿No me lo decia usted antes, padre mio? Quizás haya aun algun recurso.

DIONISIO. ¡Ninguno! Hay dias de fatalidad, en los que la suerte parece reunir todas las desgracias sobre la cabeza de un solo hombre, como para abrumarle... Así, el golpe más terrible es el que acabo de recibir en el corazon.

BLANCA. ¿Otro todavía? ¿Y cuál es?

DIONISIO. El único contra el que me encuentro desarmado, y sin

fuerzas. Bien te decia yo, que si mi hermano, si mi amigo Gutierrez no me respondia...

BLANCA. Estaria enfermo...

DIONISIO. ¡Ha muerto!

BLANCA. (Dando un grito.) ¡Ah!

DIONISIO. (Con voz cortada.) Toma, lee la carta que acabo de recibir de Antonio, su primer dependiente. (Da la carta á su hija, y esconde el rostro entre las manos.) ¡Cárlos, Cárlos mio!... ¡Te he perdido!

BLANCA. (Leyendo con emocion.) «Muy señor mio: Hacia muchos dias que el señor don Cárlos Gutierrez se hallaba en un estado de agitacion febril que á todos nos alarmaba; pero el martes 19 del corriente le dió un ataque de sangre: se le aplicaron algunos remedios activos, que le reanimaron algo. No obstante, la noche fué mala; al dia siguiente el mal empeoró, prescribiéndosele el reposo más absoluto. Sin embargo, y á pesar de nuestros esfuerzos, el señor don Cárlos quiso levantarse á escribir á su amigo don Dionisio!»

DIONISIO. A mí, lo ves?

BLANCA. (Continuando.) «A despedirse de él por última vez. Apenas tuvo fuerzas para concluir la carta, y sellarla, cuando fué acometido de un segundo ataque, al que sucumbió. (Se detiene, enjuga una lágrima, y prosigue.) Si mi presencia no fuese necesaria para vigilar por los intereses de la casa, yo mismo hubiera ido á anunciarle á usted tan triste noticia, y á llevarle la carta que me encargó pusiese en sus manos. Mi hermano, á quien envio al efecto, ha salido de aquí esta mañana, y le dará á usted de viva voz todos los detalles, etc., etc.»

DIONISIO. ¡Sí, su último recuerdo fué para mí! ¡Al morir me juzgaba dichoso... y no ha sabido... no sabrá que el deshonor estaba reservado para mis últimos dias!

BLANCA. ¿Qué dice usted, papá?

DIONISIO. (Levantándose.) ¡La verdad! Sí; á esas gentes del pueblo, á esos marineros, á esos trabajadores que creian en mí como en Dios; que habian dejado en mi casa sus ahorros, el porvenir de sus hijos, será menester decirles: «¡No puedo devolveros lo que me confiásteis!...»

BLANCA. ¡Cuando sepan nuestra desgracia!...

DIONISIO. ¡No la darán crédito!... Como hay muchos que especulan con la miseria y el infortunio; como hay muchos que roban el fruto de su sudor al pobre, dirán: «Es uno de tantos; es un ladron, es un pícaro... es...» ¡Oh Dios mio; Dios mio! ¡Tened piedad de mí!

BLANCA. ¡No piense usted eso!

DIONISIO. Lo creerá Candalija... lo creerán las almas mezquinas que me rodean; y cuando me vean pasar, me señalarán con el dedo, murmurando: «Ahí va el falso hombre de bien, el tramposo, el...» ¡Ah, ahora comprendo que muchos se dén la muerte!

BLANCA. ¡Padre mio!

DIONISIO. ¡Perdona, hija, perdona! ¡Hay trances en que el corazon más puro puede abrigar un mal pensamiento! ¡He blasfemado... he acusado al cielo... que me deja mi hija... al cielo... que durante tanto tiempo me ha hecho constantemente feliz; al cielo, en fin, que me envia hoy la adversidad. ¡Pero á cada cual en el mundo le está reservada su parte!... ¡Me llega mi vez... Dios quiere experimentarme!... ¡Concédame solo fuerzas para luchar y combatir! ¡Eso es lo único que le pido!

BLANCA. Y se lo concederá á usted sin duda. (Viendo salir á don Manuel.) ¡El señor don Manuel... le dejo á usted en su compañía, para que se lo diga todo! (Saluda á don Manuel.) ¡Pobre padre mio! (Váse.)

ESCENA XII.

DON DIONISIO.—DON MANUEL.

MANUEL. Amigo, explíqueme usted qué significa la carta que Candalija acaba de llevarme de su parte.

DIONISIO. ¡Ah! ¿Con que la recibió usted?

MANUEL. Sí, y vengo corriendo á pedir una explicacion... Bien sé que hay gentes que dicen: «Don Manuel Ramirez es un hombre ávido, que quiere enriquecerse á cualquier precio...» ¡No es la primera vez que yo mismo

lo he oido decir!—Ciertamente que no hago ascos al dinero, porque sirve para muchas cosas; pero estimo más aun mi palabra; y ya que usted me habla de romper ese matrimonio...

DIONISIO. ¿Qué responde usted?

MANUEL. Me enfado, me pongo furioso, y digo: «¡No se romperá!....» Así soy yo.

DIONISIO. Cuando le escribí á usted aquella carta, amigo mio, estaba arruinado.

MANUEL. ¿Qué importa?

DIONISIO. ¡Déjeme usted acabar! ¡Ahora es más terrible todavía!.... ¡Ahora debo doce mil duros!

MANUEL. ¿Y qué importa, repito?

DIONISIO. ¡En fin, si he de confesárselo á usted todo, la única esperanza que me quedaba..... mi amigo don Cárlos Gutierrez..... acaba de morir!.... ¡Hace un momento lo he sabido!

MANUEL. ¿Es posible? (Aparte.) ¡La noticia era cierta! (Alto,) ¡Un hombre tan bueno..... (Dándole la mano.) á quien usted y yo conociamos há veinte años!.... ¡Como que fue testigo en mi casamiento..... testigo por parte de mi mujer! Era un amigo verdadero, una persona que le estimaba y le queria á usted más de lo que puede imaginar; porque dos años há, cuando le hizo usted aquel favor, cuando vino á Cádiz á ponerse de acuerdo acerca de las sumas que le prestó usted tan generosamente...,. pasó dos horas en mi escribanía.....

DIONISIO. Pues no me dijo nada, ni usted tampoco.

MANUEL. Me encargó la mayor reserva; y ese es además el deber de un escribano. «Mi querido don Manuel, me dijo con la franqueza y la amabilidad que le distinguian; yo soy un viejo solteron, y he pasado mi vida siendo juguete y víctima de las mugeres. Así, todas me han engañado: lo mismo las señoras que las que no lo eran. ¡En consecuencia, renuncio al amor, y únicamente creo en la amistad! ¡No existe sino un ser en el mundo con el cual pueda contar: este es mi amigo Dionisio! Como yo no entiendo una palabra del código civil, tenga usted la bondad de arreglar las cosas de modo que todo

cuanto poseo y posea el dia de mi muerte, pase á mi querido Dionisio, á él solo.»

DIONISIO. ¿Qué dice usted?

BLANCA. En efecto, arreglé las cosas segun me indicaba; y en virtud de un testamento en regla, que confirmó don Cárlos antes de marchar de aqui, es usted el heredero universal de dos millones de reales que poseia entonces.

DIONISIO. (Levantando los ojos al cielo.) ¡Cárlos, Cárlos! ¡Bienhechor mio, gracias!

ESCENA XIII.

DICHOS.—BLANCA.

BLANCA. (Tímidamente, y escondiendo una carta.) Papá, el cajero me envia á decirle á usted que no tiene ni un maravedí en su poder, y que hay mucha gente aguardando.

MANUEL. (A media voz.) ¿No es más que eso? Yo tengo en mi casa unos veinte mil duros que don Cárlos destinaba para comprar una hacienda en Chiclana, y voy á enviárselos á usted.

DIONISIO. (Alto.) Bastará con la mitad.

MANUEL. Dentro de un instante se los entregaré al cajero.

BLANCA. (Sorprendida.) ¿Qué significa esto?

DIONISIO. Ya te lo diré.

BLANCA. (Con emocion.) Pero, ¿no sabe usted, papá.....

DIONISIO. ¿El qué?

BLANCA. Que el hermano de Antonio.....

DIONISIO. ¿De Antonio, el primer dependiente de Gutierrez?

BLANCA. Sí: acaba de llegar. Ha venido sin descansar un minuto, y el pobre está rendido; yo le he dicho que se acueste; y me ha entregado esto para usted.

DIONISIO. (Tomando la carta que ella le presenta.) ¡La carta de Cárlos!.... ¡Déjame, hija mia, déjame! (A don Manuel.) Déjeme usted tambien, amigo. Quiero, necesito estar solo!

BLANCA. ¡Respetemos su dolor!

MANUEL. Sí, respetémoslo. (Vánse.)

ESCENA XIV.

DON DIONISIO *solo.*

Sí; para leer esta preciosa carta con el recogimiento debido á una cosa santa, necesito estar solo. ¡Oh Cárlos! ¡Tu amistad, consuelo de mi vida, no me ha faltado nunca, y te sobrevive aun! ¡Desde el fondo del sepulcro me tiendes la mano para ayudarme, para sostenerme, y libertarme del deshonor! (*Mirando la carta.*) «A mi mejor amigo; don Dionisio Lopez, en mano propia.» —¡Es su letra! (*Abriendo la carta.*) ¡Aquí dentro está su corazon, su último pensamiento! ¡Y todo ha sido para mí..... para mí! (*Lleva la carta á sus labios; luego se sienta, y lee lentamente.*) «Dionisio querido: ¡Despues de tí, solo ha habido una persona á quien yo amé realmente! ¡Era una joven pobre y hermosa! Me juraron que me engañaba; y no quise volverla á ver..... ni á ella ni á su hijo, que sin embargo lo era mio tambien. Hoy, aunque demasiado tarde, abrigo dudas, y todo me induce á creer que parientes lejanos, parientes codiciosos de mi herencia, tenian interés en engañarme! Si recobro la salud, si vuelvo á encontrar á la madre de mi hijo, repararé mis faltas; pero hasta entonces..... sufro remordimientos..... padezco mucho.—Por un testamento que confié á don Manuel Ramirez, te he legado todos mis bienes, á tí, mi mejor amigo; á tí, que eres más rico que yo, y que no los necesitas. Otra vez, porque ahora me siento muy fatigado, te daré todos los datos necesarios; y si no tengo fuerzas para rehacer mi testamento, lo fio á tu honor; y te encargo de dar mis bienes á Cárlos mi hijo, del cual soy al propio tiempo padrino.»—¡Cielos! Y ese dinero que don Manuel debe haber enviado! ¡Disponer yo de lo que no me pertenece ya! ¡Ah, no, no!..... ¡Corramos, corramos!

ESCENA XV.

Dichos.—CANDALIJA.

Candal. (Muy contento, y con un billete de banco en la mano.) Señor, todo el mundo ha sido pagado, y yo tambien.

Dionisio. ¡Oh, ya es tarde, ya es tarde! (Cae sobre un sillon.)

Candal. ¡Vaya una cosa rara! ¿Pues no se aflige porque no quiebra?

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DON CÁRLOS solo.

¡No hay nadie tampoco en esta sala; toda la casa está desierta! ¡Ah! El abandono, la soledad son siempre las consecuencias de una catástrofe! ¡Ella aleja á los indiferentes, pero tambien atrae á los amigos verdaderos! ¡Por eso he venido yo!—¡Blanca tiene razon!... Antes no podia pedir su mano á su padre; mi porvenir era demasiado incierto. Ahora es distinto; ahora ellos son los desvalidos, y yo el poderoso; ahora ellos están en desgracia, y no verán en mi demanda un interés miserable y vergonzoso.

ESCENA II.

DICHO.—CANDALIJA.

CANDAL. (Dentro.) ¡Bueno, bueno! ¡Si le incomodo á usted!...
CÁRLOS. Este será de la casa. Amigo, ¿y el señor don Dionisio?
CANDAL. Es imposible verle; y aun más hablarle.

CÁRLOS. ¿No recibe?

CANDAL. Sí... á mí me ha recibido... pero muy mal... Como que me mandó con mil demonios, sin embargo de que soy de la casa. Así, figúrese usted lo que hará con uno de fuera. Yo no sé adónde le mandaria á usted; pero de seguro que no seria á buena parte.

CÁRLOS. ¡Si supiese el interés que me conduce aquí!

CANDAL. ¿El interés? ¡Comprendo! Usted será acreedor... ¡En ese caso, tranquilícese! (A media voz.) Percibirá usted lo que le deben; yo acabo de percibirlo... Hay dinero largo... Hemos heredado... De lo cual puedo dar fé, porque he traido sobre mis costillas parte de la herencia; y á fé que no era floja.

CÁRLOS. (Aparte.) ¡Cielos!

CANDAL. Parece que es negocio de millones...

CÁRLOS. ¿De millones?

CANDAL. (Riéndose.) Sí señor, millones. Me gusta repetir esta palabrilla... le llena á uno la boca... ¡le regocija!... Por las señas, á usted no le sucede otro tanto. Qué cara tan triste pone!

CÁRLOS. (Aparte.) ¡Murieron mis esperanzas! (Alto.) ¿Don Dionisio es rico?... (Con emocion.) Entonces no tengo nada que decirle.

CANDAL. Hace usted perfectamente... Porque supongo que no seria escuchado. ¡Tiene un aire tan lúgubre, tan sombrío! ¡No habla con nadie... ni aun con su hija!

CÁRLOS. ¿De veras?

CANDAL. Sí señor; el amo gasta muy mal génio... cuando hereda, y parece que los millones producen en él... el mismo efecto que en usted, que le disgustan.

CÁRLOS. ¡Qué disparate!

CANDAL. Media hora hace apenas que ha cobrado el primer dividendo, unos veinte mil duritos... que á mí me hubieran dejado de tan buen talante... y él, que es el mejor de los amos, frunce el gesto, se pone de un humor endiablado; se pasea por su cuarto gruñendo con la cabeza baja... En fin, para acabarle á usted de dar una idea de cómo está, le diré que... yo no soy ambicioso, y no pido sino lo extrictamente necesario; pero es de

absoluta necesidad que tenga veinte mil reales para establecerme; para tomar en traspaso un almacen de vinos que vale el doble. Pues bien; creyendo el momento favorable, aventuro una peticion de empréstito al señor don Dionisio... ¿Y sabe usted lo que me responde?

CÁRLOS. No.

CANDAL. Si se lo he dicho á usted antes; «*¡Vete con mil demonios! ¡No tengo nada! ¡No poseo nada!*» ¡Habrá roñoso! Él, que es millonario, eh? Caballero, ¡cómo influyen las riquezas en el carácter!

CÁRLOS. (Pensativo.) Es muy extraño eso.

CANDAL. Mire usted, ahi viene la señorita; y ella, que generalmente está tan alegre, tan contenta, ahora trae una cara de viernes santo, que dá pena verla.

ESCENA III.

DICHOS.—BLANCA.

BLANCA. (Al levantar los ojos, ve á Cárlos, y hace un gesto de alegría; luego reparando en Candelija, dice.) ¿Qué haces aquí tú?

CANDAL. ¡Buena pregunta! ¡Hago lo que acostumbro! ¡Nada!

BLANCA. Vete. (Con impaciencia, viendo que no se mueve.) Vete, digo.

CANDAL. ¿Qué tal? (A Cárlos.) ¿No tenia yo razon? La felicidad ha sido la desgracia de esta gente!—Ya me voy, ya me voy. (Vase, obedeciendo á un nuevo gesto de Blanca.)

BLANCA. ¡Ay, Cárlos! ¡Si supiese usted!.....

CÁRLOS. ¡Lo sé todo! ¡No ignoro que nuevamente nos separa la suerte! ¡Mis ilusiones solo han durado un instante! ¡No importa; él ha bastado para que mi gratitud hácia usted sea eterna!

BLANCA. Cuando nos creíamos arruinados, don Manuel Ramirez, con cuyo hijo debia casarme, vino á reclamar nuestra palabra; y ya que somos ricos otra vez, ¿cómo ha de evitarse ese matrimonio? Mi padre es conocido por su proverbial formalidad; y ahora sobre todo se creeria deshonrado si pensase siquiera en tal cosa. Asi, ¿cómo nos hemos de atrever ni á proponérselo?

CÁRLOS. Tiene usted razon: ¡es imposible!

BLANCA. Sin embargo, yo lo he intentado.

CÁRLÓS. ¿Usted?

BLANCA. Sí, yo. No sé por qué le cuento á usted esto: no deberia hacerlo quizás; pero en fin.....

CÁRLOS. Acabe, acabe usted, por Dios.

BLANCA. Dos veces quise hablar de nosotros; pero mi turbacion..... y luego su aspecto grave y severo...... Acaso era aprension mia..... mas un temor invencible detuvo en mis labios la confesion que iba á hacerle..... Tuve miedo; juzgué que seria mejor escribirle; y puse sobre su bufete..... casi debajo de su mano, una cartita, de cuyas frases no me acuerdo bien, pero en la cual le suplicaba, que á pesar de haber empeñado su palabra, buscase un medio de retirarla...... Porque haciendo la debida justicia á mi futuro..... no creia poder amarle..... en atencion á que estoy segura de amar á otro.

CÁRLOS. ¡Oh felicidad!

BLANCA. ¡Si no es á usted á quien se lo decia, sino á mi padre!.....

CÁRLOS. ¿Y qué importa?

BLANCA. En el punto mismo en que yo dejaba el papelito allí, entró papá en su despacho. Yo me retiré en silencio, de puntillas; y cuando yo cerraba la puerta, acababa de arrojarse, sin haberme visto, en el sillon colocado justamente enfrente de mi nota diplomática.

CÁRLOS. ¡Y tan diplomática! ¿De modo que no sabe usted todavía?.....

BLANCA. ¡Ay sí! ¡Temo saber demasiado! Habíame alejado de aquel gabinete; pero la inquietud me condujo nuevamente á su puerta, donde latiéndome el corazon escuché largo tiempo, sin oir nada. Me parecia que papá se habia levantado; que se paseaba con agitacion; luego esta se aumentó de tal modo, que pronunciaba en alta voz frases cortadas... que yo no podia percibir completamente. Pero todo me probaba que en el alma de mi pobre padre habia una lucha, un terrible combate.— «¿Vacilar yo?»—Decia. ¡Vacilar! ¡Detenerme solamente en esta idea! ¡No, no! ¡Nunca!»—Despues

de algunos instantes de silencio, y como cambiando de tono, dijo: «¡Ah! ¡No es por mí! Es por mi hija, por mi niña..... porque en resumidas cuentas.....» Luego lanzó un grito, esclamando: —¡Es una infamia!— Y con voz fuerte añadió. —«¡No, no cederé! ¡No cederé!»

CÁRLOS. ¡Tiene razon! ¡Un hombre como él no debe faltar á lo prometido! ¡Mas yo sé lo que me resta ejecutar!

BLANCA. ¿Me abandona usted?

CÁRLOS. ¡Sí, sí!..... ¡Adios, Blanca! ¡Acaso no volveremos á vernos! (Vase rápidamente.)

ESCENA IV.

BLANCA.—DON DIONISIO.

BLANCA. ¡Cielos! ¿Qué querrá decir? (Viendo á su padre.) Mi padre. ¡Qué pálido, qué conmovido está! (Don Dionisio sale muy melancólico; y sin ver á su hija, viene á sentarse junto á una mesa, apoyando la frente entre sus manos. De pronto levanta la cabeza con resolucion, coge una pluma, y escribe.)

DIONISIO. Veamos, veamos..... porque tal vez el mal no sea tan grande..... y con mi trabajo..... con mis recursos..... Decíamos cuatrocientos mil reales... Sí... y cuarenta... y cuarenta y nueve mil..... suman..... ¿cuántos suman? (Queriendo sumar las cantidades que ha escrito: mientras Blanca ha venido á colocarse detrás de su padre, y dice con timidez.)

BLANCA. Hacen cuatrocientos cuarenta y nueve mil reales, papá. (Sonriendo.)

DIONISIO. ¿Qué haces aquí, Blanca? ¿No habia dicho á todo el mundo que quiero estar solo?

BLANCA. Sí; pero allí, (Señalando á la derecha.) en su gabinete de usted.

DIONISIO. ¡Es verdad! (Aparte.) ¡Yo creia no haber salido de él! ¡Pobre cabeza mia, cómo estás! (Levantándose y paseando con agitacion.) ¡Ahora no sé si ando, ó si me estoy quieto! ¡Es terrible!

BLANCA. (Acercándose tímidamente.) ¿Está usted enfadado conmigo, papaito.

DIONISIO. ¿Yo? ¡No por cierto!

BLANCA. Sí tal, sí tal..... lo conozco..... ¡Y no quiere usted decírmelo! ¡Qué diferencia! Por la mañana nos hallábamos arruinados, y éramos sin embargo felices; por la tarde somos más ricos que nunca, y estamos tristes... usted no me habla..... no me acaricia..... no me mima..... Y á mí me gustan mucho los mimos..... Aunque fuera para engañarme, quisiera oir su voz de usted.

DIONISIO. (Que apenas le ha escuchado.) ¿Mi voz?

BLANCA. Sí. Lo adivino; se ha incomodado usted por la cartita que le he escrito antes.

DIONISIO. ¿Qué carta?

BLANCA. La que le puse á usted sobre la mesa, á la vista.

DIONISIO. (Mostrando un papel que tiene arrugado en la mano.) Es verdad... la tomé; mas no la he leido.

BLANCA. ¿No la ha leido usted?

DIONISIO. Todavía no; déjame.

BLANCA. (Aparte.) ¿Qué significa esto? (Alto, y viendo un gesto de impaciencia de su padre.) Papaito, me iré..... cuando me haya usted abrazado.

DIONISIO. No; no quiero! (Aparte.) Nó puedo!

BLANCA. Se niega á abrazarme?.. ¡No hay duda; entonces ha visto lo que le escribia! (Nuevo gesto de don Dionisio.) Me marcho... me marcho... pero ya que usted no se digna dármelo, permítame que le envie un beso! (Lo hace, y se va.)

ESCENA V.

DON DIONISIO solo.

(Arrojando sobre la mesa la carta que tenia en la mano.) Dios mio! ¡Cuando sin querer... cuando á pesar suyo se fija uno un momento en alguna idea... mala... cuánto trabajo cuesta alejarla! Los esfuerzos mismos que se hacen para destruirla, la traen de nuevo sin cesar! (Llevándose la mano á la frente.) ¡Pero yo podré más que ella!... ¡Vete! ¡Vete!... ¡Yo te arrojaré de aquí!.. Vamos, pensemos

en otra cosa... ocupémonos de los negocios... La suma que debo... no importa á quién... es menester pagarla... Si Cárlos existiese todavía... si hubiese podido preveer mi ruina, me la habria traido él en persona; me hubiera obligado á aceptarla... pero tiene un heredero... un hijo... y eso es distinto... (Con violencia.) ¿Por qué no está aquí? ¿Por qué no se presenta? Yo le diria: «Tome usted la herencia de su padre, esa herencia que me pesa... Tómela usted... apresúrese... Creyéndome dueño de ella, he dispuesto de veinte mil duros... Deme usted tiempo para pagarlos...» ¡Y no podría rehusármelo!.. Ahora es preciso descubrir á ese hijo, á ese ahijado, que se me encarga buscar. ¡Y lo haré con toda eficacia!.. Pero cada uno tiene sus negocios. . y en este momento me es imposible averiguar...

ESCENA VI.

DICHO.—CANDALIJA.

CANDAL. No se moleste usted: soy yo.

DIONISIO. ¿Otra? No sé cómo sucede; pero lo cierto es que todos llegan cuando estoy de mal humor.

CANDAL. Es que se pone usted de mal humor siempre que yo llego. Así, no vengo ya á hablarle á usted de los mil duritos... aunque me hacian mucha falta, y á usted ninguna...

DIONISIO. ¡Vuelta!

CANDAL. Vengo únicamente á decirle que acabo de saber por la señorita Blanca, que la persona á quien usted ha heredado hace tres cuartos de hora, era el bueno de don Cárlos Gutierrez.

DIONISIO. ¿Y qué te importa?

CANDAL. ¡Toma! Mi padre Sebastian Candalija fué jardinero suyo! Por eso me colocó usted en esta casa.

DIONISIO. ¿Y qué?

CANDAL. Así, aunque tenga que gastar alguna cosilla, quiero que me diga usted si debo ponerme de luto.

DIONISIO. ¿Tú?

CANDAL. Me haré un frac negro, el cual podrá servirme tambien para mi boda...

DIONISIO. ¡Tú de luto! ¿Y por qué?

CANDAL. Porque don Cárlos era mi padrino.

DIONISIO. (Estupefacto.) ¡ Su padrino!

CANDAL. Sí señor, me tuvo en la pila bautismal... Fuí su ahijado.—Y á propósito: ¿sabe usted si me deja algo en algun rinconcillo de su testamento? Si no, su muerte me va á afligir doblemente.

DIONISIO. (Tomándole una mano.) ¿Estás bien seguro de lo que me dices?

CANDAL. Ciertamente.

DIONISIO. ¿Eras ahijado de don Cárlos?

CANDAL. Hacia mucho tiempo. Vamos, ¿hay alguna manda para mí?

DIONISIO. ¿Qué pruebas tienes?

CANDAL. En primer lugar, su nombre que me pusieron. ¿Cuánto me deja?

DIONISIO. ¿Te llamas Cárlos?

CANDAL. Sí señor, Carlitos. Si lo duda usted, le traeré mi fé de bautismo, que tengo allá, en mi baul.

DIONISIO. Entonces tu madre era...

CANDAL. Su jardinera, Joaquina la hermosa, segun la llamaban entonces, porque lo que es ahora...—¿Hay por casualidad algo tambien para ella? Seria muy justo; porque el difunto la hizo sufrir...

DIONISIO. ¿La hizo sufrir?

CANDAL. Me acuerdo muy bien. Como yo salí á luz en la casa... y como permanecí allí hasta la edad de diez años..... Al principio nos quería mucho mi padrino, á mí y á mi mamá Joaquinita; en cuanto á papá, no le podia ver ni pintado. Luego, un dia le dió la humorada de plantarnos á todos en la calle... lo cual fué una tropelía. Pero si se arrepintió de ella, si la repara... ¿A cuánto asciende su arrepentimiento?

DIONISIO. (Con emocion.) Ya te lo diré: vé solamente á buscar tu fé de bautismo.

CANDAL. La tengo arriba con todos mis papeles. Lo único que

deseo, y ya vé usted que no soy exigente, es que la manda llegue á los mil duritos. ¿Sabe usted por qué?

DIONISIO. Pues creo que pasará.

CANDAL. ¿Serán dos mil?

DIONISIO. Anda, anda.

CANDAL. ¿Cuatro mil?

DIONISIO. (Con impaciencia.) Lo que quieras.

CANDAL. Es que entonces querria doce mil duros... Sí, sí: lo prefiero.

DIONISIO. (Lo mismo que antes.) Bueno; lo que te he dicho debe bastarte.

CANDAL. No, no... porque ya conoce usted que si podemos llegar hasta los veinte mil... pues, para que sea cuenta redonda.

DIONISIO. (Colérico.) No digo que no. Vé á buscar lo que te pido... y veremos.

CANDAL. (Fuera de sí.) Voy... y vuelvo. ¡Veinte mil duros! ¿Es posible? ¡Justamente lo que me hacia falta ¡Por fin ya poseo lo estrictamente necesario!—¡No hay duda!... El testamento será para mí! ¡Tendré dinero, mucho dinero! ¡Seré insolente como todos los ricos! ¡Iré en coche siempre... hasta para comprar un par de guantes... y no saludaré á los conocidos... ó los saludaré, así, así!.. (Saludando ridículamente.)

DIONISIO. (Furioso.) ¿Quieres marcharte? (Aparte.) Va á volverse loco este imbécil.

ESCENA VII.

DICHOS.—DON MANUEL.

CANDAL. Señor don Manuel, (viéndole.) déme usted la enhorabuena... Soy rico... soy casi millonario... ¡Ay Dios mio! ¿Y dónde impondré mi fortuna?—Y ahora que me acuerdo, ya no me es posible casarme con la tendera... Necesito buscar una novia de mi clase... una banquera, una propietaria ó una duquesa.

MANUEL. ¿Qué tiene este pobre chico? (A don Dionisio.)

CANDAL. ¿Lo que tengo?—Cuarenta mil duros... Porque estoy seguro de que me ocultaba usted la mitad del testamento. ¡Cáspita! ¡Cómo se van á chupar los dedos por mí las muchachas! ¡Señor escribano, pronto le daré á usted que trabajar! ¿Sabe usted por casualidad de alguna heredera que esté á mi altura!

DIONISIO. ¡Vete al momento!

CANDAL. ¡Ya voy, ya voy!... (Aparte al irse.) ¡Vete!... ¡Yo le haré que me dé tratamiento... que me hable con el respeto debido á mis riquezas! (Váse.)

ESCENA VIII.

DON DIONISIO.—DON MANUEL.

MANUEL. ¿Qué dice de riquezas, de testamento, de herencia, de boda? Aquí está el testamento del señor don Cárlos, que he estendido yo mismo, y ya verá usted cómo no hay una palabra alusiva al señor Candalija ni á su familia.

DIONISIO. ¿De veras?

MANUEL. Lo cual es muy justo, porque fueron unos ingratos, unos holgazanes, empezando á contar por ese mentecato.

DIONISIO. Me sorprende usted.

MANUEL. Y el señor don Cárlos que los conocia muy bien, estaba decidido á no dejarles ni un cuarto.

DIONISIO. ¿Se lo dijo á usted?

MANUEL. Sí señor.

DIONISIO. (Con un movimiento de alegría.) ¡Ah! (Reprimiéndose.) Me parece sin embargo... que no podia... que no se puede menos de hacer algo por ellos... aunque no fuese sino por...

MANUEL. Por qué?

DIONISIO. Por su título sagrado. Creo que mi amigo Cárlos fué padrino de Candalija.

MANUEL. ¡Buena razon!... Tambien lo fué de otros.

DIONISIO. (Vivamente.) ¡Ah! ¿Conoce usted otros?

MANUEL. Ciertamente.

DIONISIO. ¿ Y quiénes?

MANUEL. Mi hijo en primer lugar.

DIONISIO. ¿Su hijo de usted?

MANUEL. Sí, sí. ¡Cuando le digo á usted que era su ahijado!

DIONISIO. Yo creia que se llamaba Manuel como usted.

MANUEL. Cárlos Manuel, los nombres de su padrino y de su padre.

DIONISIO. ¡Cárlos!

MANUEL. El señor Gutierrez habia sido testigo en mi matrimonio; y mi muger se empeñó en que sacase tambien de pila á nuestro primer niño, á lo que accedió aquel con su amabilidad acostumbrada. Mientras estuvimos establecidos en Valencia, fué constantemente nuestro amigo íntimo... No salia en todo el dia de mi casa; él fué quien me prestó los fondos necesarios para comprar la escribanía en Cádiz; y á no ser por eso, no nos hubiéramos separado nunca.

DIONISIO. (Turbado.) ¡Cómo!... ¿Seria?

MANUEL. Esta es la pura verdad: así, lo que nos ha sorprendido á mi esposa y á mí es que no haya dejado nada á Carlitos nuestro hijo, á quien queria mucho, muchísimo .. porque tengo en mi poder más de veinte cartas en las que no le llama sino su amado ahijadito... su adorado hijo.

DIONISIO. (Cuya emocion va en aumento.) Pues bien, ya que es menester confesárselo...

MANUEL. ¿El qué? ¿Qué tiene usted?

DIONISIO. (Deteniéndose.) ¡Nada!

MANUEL. ¿Qué iba usted á confesarme?

DIONISIO. (Disimulando su emocion.) Que tendria gusto en ver esas cartas tan afectuosas de mi pobre Cárlos; y si usted puede entregármelas... confiármelas...

MANUEL. ¿Por qué no? Ahora mismo. Yo venia á comunicarle á usted el testamento únicamente... se lo dejaré aquí para que se entere, y le traeré las cartas luego, cuando venga á comer.

DIONISIO. (Estrechándole la mano.) ¡Bien, bien! ¡Adios, amigo mio!

MANUEL. Hasta despues.

ESCENA IX.

DON DIONISIO solo.

¿Qué iba yo á hacer? ¡A revelárselo todo!! Porque él debe ser..... no hay duda..... y no sé cómo he podido pensar un momento en Candalija..... Sí: su ahijado, su hijo es Cárlos Ramirez..... ¡Y yo iba sin reflexionar á declarárselo al que se juzga su padre! Cuando feliz y confiado cree en la fidelidad de su muger, ¿he de arrancar yo la venda que cubre sus ojos; he de probarle que hace veinte años le ultrajan; he de arrancar de su corazon el cariño que profesa á su hijo, ó más bien robarle este hijo? ¿Y para qué?... ¡Para aumentar sus riquezas, que son ya considerables; para obligarle á comprar á costa de su honor una fortuna que yo no puedo..... que yo no debo devolverle! (Levantándose fuera de sí.) ¡No: dí la verdad, miserable! ¡Dí que tú quieres guardártela! ¡No procures engañarte á tí mismo; confiesa que estos razonamientos, que estas sutilezas en que no crees, son otras tantas armas que tratas de forjar contra tu conciencia, que se indigna y se rebela!..... (Con energía.) ¡Aunque uno sea el hombre más honrado del mundo, no puede dejar de concebir un mal pensamiento..... pero entonces se le rechaza... se lucha..... se combate..... se triunfa! (Cae sobre el sillon inmediato á la mesa, halla la cartera verde que Candalija le entregó en el acto primero, y la levanta lentamente.) ¡Bien decia yo esta mañana que una mala accion es el peso más terrible que existe! ¡Apenas hace una hora que he recibido esa herencia, y en esa hora he experimentado más tormentos, más angustias, más desgracias reales, que en mi vida entera! ¡Me he vuelto cruel, egoista!... ¡He rechazado á mi hija, en cuya presencia me avergonzaba! ¡Y sin embargo, yo no soy culpable todavía sino de un pensamiento!..... ¿Qué seria, Dios mio, si yo me mancillase? (Levantándose con dignidad y firmeza.) Sí: mi

resolucion está tomada. Terrible es perder mi posicion, y confesárselo á todos; deber veinte mil duros y no poder pagarlos; renunciar á mis esperanzas y á mis goces..... aunque más terrible es perder la estimacion de sí propio..... ¡Sí: la mayor de las desgracias es ser un infame, un criminal! ¡Pues bien, yo padeceré; yo me moriré..... pero seré hombre honrado!... ¡Siempre, siempre, siempre! ¡Y el cielo me lo recompensará!

ESCENA X.

DON DIONISIO.—DON CÁRLOS.

CÁRLOS. Dispense usted, señor don Dionisio.....

DIONISIO. ¿Quién es usted, caballero, y qué se le ofrece?

CÁRLOS. Yo fuí quien vino esta mañana con una letra de mil duros.....

DIONISIO. ¡Ah, sí! ¡Es cierto! Ahora le reconozco á usted...... El compañero de viaje de mi hija..... ¿Pero no ha cobrado usted?

CÁRLOS. Sí señor; y por eso no vengo á reclamar nada, sino á pedirle á usted un servicio.

DIONISIO. Hable usted.

CÁRLOS. Debo confesarle á usted francamente mi situacion, segun lo haria con mi padre. ¡Dentro de algunos instantes voy á batirme..... tengo pendiente un lance de honor!

DIONISIO. ¿Un desafío?

CÁRLOS. Sí; se trata de una persona á quien amo..... Me la disputan..... soy marino.... he provocado á mi rival..... y me está esperando.

DIONISIO. ¿Y qué puedo yo hacer en obsequio de usted?

CÁRLOS. Recibir en depósito la suma que percibí aquí esta mañana.

DIONISIO. (Con gozo.) ¿Y quiere usted confiarme?.....

CÁRLOS. Ese módico capital que es toda mi fortuna, y cuyo destino es sagrado. Así, miraré como un inapreciable fa-

vor el poder colocarlo bajo la salvaguardia de su reconocida probidad. Si me hubiesen podido citar un nombre más honroso que el suyo, yo no le hubiera importunado á usted.

DIONISIO. (Cada vez más conmovido.) ¿Importunarme? ¡No, no! ¡Usted no me importuna! Acepto ese depósito, caballero; y le doy gracias por su confianza.

CÁRLOS. Aqui estan los mil duros en billetes: si la suerte de las armas me es favorable..... lo cual no deseo..... volveré á reclamárselos á usted. —Si me matan, usted tendrá la bondad de librarlos á mi pobre madre, á donde dice este sobre.

DIONISIO. ¿Tiene usted madre, y va á batirse? Vamos, dígame usted: ¿no habria medio de arreglar ese asunto?

CÁRLOS. No señor. El sentimiento que inspira esas palabras es muy noble; pero usted que es tan celoso de su honra, no insistirá cuando yo le manifieste que va en ello la mia.

DIONISIO. En ese caso, no tengo nada que oponer; y voy á dar á usted un recibo.

CÁRLOS. Un recibo? De usted, señor don Dionisio, de usted?.. del hombre cuya honradez es proverbial en Cádiz? Eso seria injuriarle á usted; y así, me basta su palabra.

DIONISIO. Pero, caballero...

CÁRLOS. No, no!.. No lo aceptaré... (Vase.)

ESCENA XI.

DON DIONISIO solo.

Mi palabra vale por un recibo, dice... Cómo! ¿Será posible que yo inspire tanta confianza, tanto aprecio? (Levantando los ojos al cielo) Ah! La recompensa no se ha hecho aguardar mucho! Gracias, Dios mio! gracias! Y hubiera podido trocar yo por oro esa estimacion pública? No; hé ahí mi verdadero tesoro. Busquemos al heredero legítimo... Quedaré pobre, pero honrado; y todos me respetarán, y me compadecerán.

(Viendo á Blanca.) Mi hija! Esa es otra recompensa del cielo!

ESCENA XII.

DICHOS.—BLANCA.

DIONISIO. Ven, vida mia, ven á mis brazos!

BLANCA. (Mirando con sorpresa.) Qué alegre, qué contento está usted! Qué fisonomía tan risueña! Qué diferencia de antes!

DIONISIO. Es verdad! Te rechacé!

BLANCA. Y me llama usted ahora?

DIONISIO. Sí; necesito verte. Si supieses cuánto he padecido durante una hora!

BLANCA. Ya lo ví... y me callé, porque no ignoraba el motivo.

DIONISIO. (Con espanto.) El motivo? Tú?

BLANCA. Sí; era por mi causa... por el billete que le escribí á usted.

DIONISIO. (Vivamente.) Eso es! Justamente!

BLANCA. Y no está usted enfadado ya?

DIONISIO. (Con ternura.) No, no, hija mia.

BLANCA. Y lo que yo le pedia á usted para mi felicidad...

DIONISIO. (Lo mismo.) Te lo concedo.

BLANCA. Consiente usted?

DIONISIO. En todo lo que quieras... con tal de que me abraces.

BLANCA. (Arrojándose á sus brazos.) Ah! Ahora no me rechaza usted!.. Y ademas, bien veo que lo ha arreglado todo. Qué bueno es usted! Qué bueno! Estoy segura de que le habrá costado mucho... (Aparte.) Pero mi carta era tan tierna, tan cariñosa, que no ha podido resistir. Bien lo sabia yo.

DIONISIO. (Que se ha acercado á la mesa, volviendo la espalda á Blanca.) Leamos ahora la carta, y veamos lo que puede ser. (La abre sin que Blanca lo note.)

ESCENA XIII.

Dichos.—CANDALIJA.

Candal. Cáspita si me ha costado trabajo encontrarla! Temia que se me hubiese perdido, pues por más que buscaba este papelucho, no parecia.

Dionisio. (Leyendo la carta de Blanca.) Dios mio!

Candal. Eso mismo dije yo: Dios mio! Pero en fin, lo hallé. Tambien he tardado más porque fuí á casa de mi novia...

Blanca. De la tendera?

Candal. Para decirla francamente...

Blanca. Que te casas con ella?

Candal. Al contrario: que ya no puede convenirme, porque necesito una muger que esté á mi altura; que posea cuarenta mil duros como yo.

Blanca. Como tú?

ESCENA XIV.

Dichos.—DON MANUEL.

Manuel. (Riéndose.) Sigue con la misma manía este pobre muchacho?

Candal. ¿Pobre? ¡Yo no soy pobre! ¡Yo no tengo manías! Solo tengo cuarenta mil duros... que es lo extrictamente necesario...

Dionisio. (Volviéndose.) ¿De veras?

Candal. Así, no puedo casarme sino con una persona que posea otro tanto... lo menos.

Dionisio. ¿Con que necesitas ya ochenta mil duros?

Candal. Sin duda.

Dionisio. Te engañas; pronto no seria bastante.

Candal. Es muy posible; y si hay más...

Dionisio. (Señalándole el testamento que está sobre la mesa.) Toma; ahí tienes dos millones.

TODOS. ¿Dos millones?

MANUEL. ¿Para él?

DIONISIO. Sí; para él... ó para usted.

MANUEL. (Estupefacto.) ¿Cómo?

DIONISIO. Mi amigo Cárlos me ha nombrado su heredero universal, ya lo saben ustedes; (Sacando una carta del bolsillo.) mas en esta carta, que solo á mí está dirigida, y que solo yo conozco, me encarga que busque, que descubra un jóven que le interesaba mucho; haciendo entrega entonces de sus bienes á esa persona, que es á la vez su ahijado...

CANDAL.
MANUEL. } (Adelantándose á un mismo tiempo.) ¿Su ahijado?

DIONISIO. Y su hijo!

MANUEL.
CANDAL. } (Retrocediendo.) Su hijo!

DIONISIO. Tomen ustedes, y arréglenlo como gusten, con más veinte mil duros que les debo. ¡Yo trabajaré... y pagaré! Pero entretanto guarden ustedes esa herencia que no me pertenece, y que les devuelvo. Ahora mis manos están puras!

BLANCA. ¡Bien, bien, padre mio! ¡Esa conducta es digna de usted!... ¡Del hombre más honrado de Cádiz!

DIONISIO. (Con satisfaccion.) ¡Sí... sí! Ahora lo soy. (Candalija y don Manuel se han quedado inmóviles y mudos de sorpresa.)

CANDAL. (Aparte.) ¡Cómo! ¿Será posible?

MANUEL. (Aparte.) ¡Qué! ¿Seria verdad?

CANDAL. (Aparte.) ¡No me hubiera ocurrido nunca!

MANUEL. (Aparte.) ¡Y yo que nó sospeché jamás!

CANDAL. (Aparte.) ¡Es evidente!

MANUEL. (Aparte.) ¡Ahora se explica todo!

CANDAL. No hay duda: soy yo.

MANUEL. (Vivamente.) ¿Qué sabe usted?

CANDAL. ¿Y usted qué sabe?

MANUEL. Es una infamia suponer que su madre...

CANDAL. Peor es sospechar que su muger...

MANUEL. Y todo por el interés mezquino...

CANDAL. Pues, por una ambicion innoble...

DIONISIO. (Qua ha vuelto á repasar la carta de don Cárlos.) Espérense ustedes, señores, y tranquilícense. ¡Cuanto más leo esta

carta, más me persuado de que la herencia que ustedes desean tan ardientemente, no les pertenece ni al uno ni al otro.

MANUEL. ¿Qué se atreve usted á decir?

CANDAL. (Enfadado.) ¿Pretenderá usted que yo no soy?...

DIONISIO. (Leyendo.) «Si recobro la salud, me escribia Cárlos, y si encuentro á la madre de mi hijo, me casaré con ella.»

CANDAL.
MANUEL. } ¿Es posible?

DIONISIO. Véanlo ustedes. (Á Candalija.) Así, no podia pensar en casarse con tu madre, que está casada; (A don Manuel.) ni con su esposa de usted, que tambien lo está.

MANUEL. (Aparte y con pena.) ¡Es cierto!

DIONISIO. Entonces habia algun otro ahijado...

CANDAL. Otro nada más... pero aquel murió en la guerra... Era el hijo de la María...

MANUEL. ¿De su última querida? ¿De Mariquita la catalana, aquella intrigante?...

ESCENA XV.

DICHOS.—CÁRLOS.

CÁRLOS. (Adelantándose rápidamente.) ¿Quién insulta á mi madre?

TODOS. ¡Su madre!

DIONISIO. (Corriendo á la mesa y tomando la carta que Cárlos le entregó antes.) ¡Sí; María Dominguez, en Barcelona! (A Cárlos.) Caballero, aquí tiene usted el depósito que me confió antes; y además lo que tambien le pertenece, la herencia de don Cárlos Gutierrez, su padre.

CÁRLOS. (Con emocion y levantando los ojos al cielo.) ¡Oh madre mia!..... (Mirando á don Manuel.) Parece que yo habia adivinado el insulto que se le queria hacer aquí... porque acabo de batirme con su hijo de usted.

MANUEL. Con mi Cárlos? (Reprimiéndose.) Es decir con mi Manuel?

CÁRLOS. Tranquilícese usted: vive, y se ha portado dignamente. Es un noble jóven, porque despues del combate me ha cedido lo que no me podia conceder antes. (Dando un paso hácia don Dionisio.) Señor don Dionisio, no tengo familia,

ni otros parientes que mi madre ; mas soy oficial de marina, y soy rico, segun dice usted.—Así, le pido la mano de su hija.

DIONISIO. (Sorprendido.) Cómo!.. Una peticion tan repentina, tan inesperada...

BLANCA. (Bajo á su padre.) No tanto... Es el mismo de quien le hablaba á usted en mi carta.

DIONISIO. (Sonriéndose.) Hola! Con que es el mismo, picarilla? (A Cárlos.) Amigo mio, veo que estaba usted aceptado de antemano.

CANDAL. Y á mí? Qué me queda á mí?

DIONISIO. Los cuatro mil reales que pedias esta mañana para ser feliz.

CANDAL. (Con desesperacion.) Qué desgracia ! Esta es una injusticia de la suerte ! Haber poseido dos millones , y no tener ahora nada... ni siquiera lo necesario ! Hay para ahorcarse!

MANUEL. (A Candalija.) Para eso basta con una cuerda!

DIONISIO. (Colocándose entre Cárlos y Blanca, y tomándoles las manos.)

Hijos mios, sed dichosos!
Jóvenes, puros, amantes,
poseis prendas bastantes
para evitar venturosos
los abismos peligrosos
en que sucumbe el mejor.
Gozad, pues, de vuestro amor;
mas tened siempre presente
que es un principio excelente:
Antes que todo el honor!

FIN.

Achaques de siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Gérónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá.....
Juan el Tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La Mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa*.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
El don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa*.
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
¡Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdio.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se hace la rebaja de 20 por 100.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Lope de Vega, núm. 26.